

**JUAN R. AGUIRRE LANARI**

**MITRE, EL POLÍTICO**

Discurso pronunciado el 14 de junio de 2005, representando a la Academia Nacional de Ciencias Morales y Políticas, en el acto celebrado por todas las Academias Nacionales en homenaje al prócer con motivo del centenario de su desaparición.

## **MITRE, EL POLÍTICO**

Por Juan R. Aguirre Lanari

Este acto de homenaje a Mitre importa un acto de justicia histórica al honrar a un prócer de nuestra Patria. Pero a la vez nos permite e incita a nutrirnos en su legado moral, que guió a nuestros padres y es sendero cierto en la causa de la nacionalidad.

En virtud de la corporación académica que represento, es obvio que deba evocar a Mitre como el ejemplar político que fue. En ocasión anteriores he debido referirme a esta faz relevante de su personalidad, lo que me obligara a repetir conceptos que hoy, con renovados estudios y meditación, permanecen inalterables en mi convencido juicio sobre una trayectoria singular.

Y hoy, como ayer, para encuadrar tal singularidad, debo traer a colación algunas afirmaciones que realiza José Ortega y Gasset en su celebrado estudio sobre “MIRABEAU O EL POLÍTICO (1927)”. (1)

Ortega distingue los ideales, las cosas, según estimamos que debieran ser, de los arquetipos, esto es, las cosas según su ineluctable realidad. Discurriendo sobre el político ideal, afirma que sería un hombre que, además de ser un gran estadista, fuera buena persona. Y esto le parece imposible, tanto como el ideal del cuadrado redondo.

Ortega, en el avance de su análisis, diferencia al político del intelectual. El político siente la necesidad de la actividad; todo grande hombre político se ahoga en la inercia. El intelectual, en cambio, no siente la necesidad de la acción, esta lo perturba y desea eludirla. El político es un hombre “ocupado”, el intelectual está en cambio “preocupado”.

Esta antinomia orteguiana no cabe en la personalidad de Mitre, demostrándose así el relieve singular del mismo. Nuestro héroe confeso su vocación intelectual desde joven y la prestigio en su azarosa vida. Pero no rehuyó la responsabilidad política en todo instante, porque sintió la preocupación por los avatares de su tiempo y de su patria y a ellos volcó con vigor sus energías.

Ortega señala que la política es tener una idea clara de lo que se debe hacer desde el Estado en una nación. El Estado no es más que una máquina dentro de la nación para servir a ésta. El pequeño político lo ignora. El gran político, en cambio, ve siempre los problemas del Estado a través y en función de los nacionales. A esta última estirpe perteneció Mitre.

Para ello, tuvo ideas claras, como clara fue la acción que desplegó en pos de ellas. La libertad, por la que se batió desde joven, debía utilizarse para organizar constitucionalmente el país bajo su vigencia.

Luego de Caseros, dirigió “Los Debates”. El editorial inicial se llamó “Profesión de fe” y lo redactó Mitre, quien exalta allí la función civilizadora de la prensa, iniciando con ella un romance que alentó en todo el curso de su vida. Proclama como antorcha y

brújula “El amor a la libertad y el sentimiento de justicia”, como palabras sacramentales de su credo político.

Defiende la disidencia de opiniones como esencia de los pueblos libres. Postula la solidaridad de los miembros de la familia argentina, criticando al egoísmo. Brega por el desarrollo de los intereses materiales para combatir la ignorancia y la pobreza, sostiene que el federalismo es la base natural de la reorganización del país. En materia política anuncia que propenderá a la organización constitucional por medio de un congreso constituyente; apoya el sufragio universal y directo, con la independencia del voto ciudadano; la conquista del derecho de reunión y la proscripción de la censura. “En una palabra”, dice, “propenderemos al triunfo definitivo de la democracia que es el *Gobierno de todos y para todos*”.

Apoya también reformas económicas financieras comerciales y sociales que coinciden con las que se consagraron en 1853-60 y postula “la difusión de la educación primaria, como medio de moralizar las masas y hacerlas aptas para el ejercicio de la libertad.”

He aquí el credo político de Mitre, que fue liberal como entonces se conocía a esta acepción, sinónimo de libertad republicana, sin aditamentos, expresión de su espíritu de ejemplar tolerancia con la opinión adversa aunque intransigente con el autoritarismo o la corrupción de las conductas.

Pero a las ideas le agregó un ingrediente espiritual permanente: su inflamado patriotismo , que bregó siempre por la unidad nacional.

El tiempo disponible me impide seguir el largo derrotero político de Mitre, quien aún retirado de la liza partidaria puso el prestigio de su autoridad reconocida al servicio de su patria. Me limitare por ello a referirme a ciertos episodios de su actuación en los que esas convicciones de su patriótico principismo prevalecen sobre pasiones e intereses.

Lo primero que ineludiblemente debemos recordar, porque allí inicia Mitre su derrotero político, es su actuación como diputado impugnando el Acuerdo de San Nicolás. El académico De Marco señala acertadamente que dos cláusulas herían el corazón y los intereses de los porteños: la representación igualitaria en el Congreso ajena a la tradicional primacía numérica de Buenos Aires y la declaración que las provincias concurrirían proporcionalmente con el producto de sus aduanas exteriores para sufragar los gastos que demandara a la administración nacional, señalando que el registro bonaerense sufriría el principal peso de la carga. (2)

En lo que hace a Mitre, no parece motivar a su actitud la reticencia a compartir los recursos aduaneros con las provincias, pues poco antes, en su “Profesión de fe”, había propiciado el “establecimiento de una aduana federal” en su programa de gobierno (3). Tampoco dudo que las cláusulas anteriormente invocadas acicatearon el rechazo al acuerdo por parte de muchos en Buenos Aires.

Pienso que Mitre rechazó el Acuerdo por razones de principios, frente a “la gran figura del General Urquiza, investido de una autoridad que no tiene precedentes en nuestra historia”, afirma aquel. Y agrega: “ El gran principio es el de la autoridad de la ley, comprometida con facultades omnímodas, que exceden las que tenemos nosotros mismos, que somos legisladores y a las que tiene el mismo pueblo fuente de todo poder y de toda razón”.

Mitre hablaba interpretando un estado espiritual de irritación y desconfianza colectiva. La antigua militancia del vencedor de Caseros junto a Rosas y el restablecimiento del cintillo punzó, agigantaba en la retina de Buenos Aires el presunto peligro de las facultades que otorgaba el Acuerdo impugnado. Se temía las demasías en su ejercicio por la imposición de una fuerza incontrastable.

Sólo Urquiza, en lo íntimo de su propia subjetividad, podía entonces dar testimonio, como lo dio en los hechos posteriores para gloria suya, de su renuncia a intenciones retardatarias de la Constitución anhelada y de que la espada del vencedor de Caseros no tenía misión liberticida.

Mitre es, desde ese instante, el caudillo que con su verbo arrebatado, con su pasión juvenil, conquista a Buenos Aires y se transforma en su hijo predilecto. No obstante, muy pronto, con la naturalidad espontánea y sin cálculos de las rencillas familiares, habrá de enfrentar al localismo porteño con su indeclinable posición nacionalista.

En efecto, en 1854, Buenos Aires, separada momentáneamente de sus hermanas, se apresta a darse una Constitución. El diputado Mitre impugna un artículo proyectado, que instituía una verdadera independencia, proponiendo otro que reconocía a Buenos Aires como “un Estado federal de la Nación argentina con el libre uso de su soberanía, salvo las delegaciones que en adelante hiciera en un Congreso general”. Y aclara que “Buenos Aires no tiene el libre ejercicio de esa soberanía. Hay una Nación preexistente y esa Nación es nuestra patria, la patria de los argentinos.” Invoca Mitre al “Acto Inmortal de nuestra Independencia” : “Ese Pacto, escrito y sellado con nuestra sangre y nuestras lágrimas, que hemos sostenido a costa de esfuerzos, existe y existirá a pesar de nuestros dolorosos infortunios, porque la Nación argentina existe en el corazón de todos los argentinos y con ella el Acta de su Independencia que la simboliza.”

La posición nacionalista de Mitre, lo presenta batiéndose solo frente a la pasión local. Así ocurre cuando impugna infructuosamente que se legisle en materia de límites y de ciudadanía. Consideraba que ello era violatorio de los principios del derecho público federativo: “Hablo de la ciudadanía, señores; o somos Nación o somos provincia. Los señores de la Comisión dicen terminantemente que somos parte de una nación y entonces ¿con qué derecho legislamos sobre ciudadanía? ¿Puede haber dos especies de ciudadanía en una misma nación?.”

Mitre ya no es el fogoso orador que rechaza el Acuerdo. El político es ya un estadista, que sin perder elocuencia, se eleva sobre la pasión lugareña para privilegiar a la Nación.

Cuando con motivo del Pacto de San José de Flores se reúne la Convención de Buenos Aires para proponer reformas a la Constitución Nacional, Mitre se encarga espontáneamente de hacer el informe que examinará aquella, como lo admitió Sarmiento. El político se completa con este estudioso que orienta a los juristas con la sensatez de reformas que acentúan el tono federal de nuestra ley suprema.

Llega así, en 1860, el día de jurar la ley aceptada por todos los argentinos. La palabra de Mitre, gobernador de Buenos Aires se inflama con emoción que vence al tiempo: “Hoy recién, después de medio siglo de afanes y de luchas, de lágrimas y de sangre venimos a cumplir el testamento de nuestros padres, ejecutando su última voluntad en el hecho de constituir la nacionalidad argentina bajo imperio de los principios.” Y agrega más adelante, refiriéndose a la Constitución: “... ella es la expresión de vuestra soberana voluntad, porque es la obra de vuestros representantes libremente elegidos; es el resultado de las fatigas de vuestros guerreros y de las meditaciones de vuestras altos pensadores, verbo encarnado en nosotros, es la palabra viva de nuestros profetas y de nuestros mártires políticos.”

En 1862 Mitre llega a la Presidencia de la Nación. Es el caudillo de Buenos Aires, madurado en la conducta del exilio, en la fecundidad del estudio y en la atracción con la que su prestigio

ciudadano conquista la adhesión de la República. El político ya está en plena madurez, no obstante sus cuarenta y tres escasos años. Aquí el conductor de ayer y de mañana será a justo título también y para siempre el estadista.

Su trayectoria presidencial es difícil y escabrosa. La anarquía que estremece a la incipiente democracia, junto al tremendo sacrificio de una guerra no buscada, consumen horas pero no frenan un fecundo programa de progreso.

Mitre corona su trayectoria de gobernante con un gesto de docencia cívica, lamentablemente escaso en nuestra historia. Instado a pronunciarse sobre la sucesión presidencial por Juan María Gutiérrez, contesta a éste con su famosa carta de Tuyú Cué, bien llamada su testamento político por la alta moral ciudadana que establece. Rechaza el papel de presidente-electo, que tanto deterioro causó en nuestro país y fuera de su marco. Expresa con indignación legítima: "... nadie puede creer que yo falto a mis deberes, ni traicione mis principios, ni conspire contra la vida de mi partido, usurpando derechos ajenos al asumir el rol de fabricante de candidatos de mala ley para sucederme en el gobierno, como lo pretenden hombres caracterizados".

"Esto en la alta posición que yo ocupo, o no vale nada, y entonces es un escándalo tan estéril como perjudicial que refluirá en daño de todos, o importa algo, y es poner al servicio de una candidatura la influencia del poder público, y entonces es más que un escándalo, es un atentado."

Después de destacar la desmoralización pública que significaría la pérdida de autoridad del presidente, señala con la franqueza que le da su conciencia limpia: “Mi constante empeño ha sido preparar el país a una libre elección de presidente en las mejores condiciones posibles para el gran partido nacional de los principios, pues los presidentes de ese partido sólo de la libertad pueden sacar su fuerza, sólo con ella pueden vencer a sus enemigos, dando a la vez garantías a todos los partidos en el gobierno y de aquí su razón de ser y su razón para gobernar”.

“Si el partido liberal no hubiera de triunfar en las condiciones de su propia existencia, si no hubiese de luchar con los principios de su credo político inscritos en su bandera, leal y valientemente practicados; si no hubiese de valerse de medios análogos a sus fines, el partido liberal no tendría razón de ser ni merecería triunfar, ni sería digno de gobernar y se haría acreedor a la derrota; pues para escamotear la soberanía del pueblo, desacreditar la libertad y desmoralizar el gobierno, dándole por base el fraude, la corrupción o la violencia, ahí están sus enemigos que lo harán mejor (es decir, peor), y que francamente proclaman esos medios y esos fines, que son los únicos que tienen, porque son los únicos que conocen...”

Debo aclarar que en la referida carta Mitre no esconde su opinión en disidencia a ciertas candidaturas, lo que mereció críticas de los afectados. (4) Mitre procedió allí vertiendo su opinión con la franqueza a la que se creyó obligado en homenaje a su conciencia.

Pero no utilizó el poder presidencial como sostén incontrastable de sus preferencias partidarias.

Octavio R. Amadeo, con la autoridad de quien exaltó también la vida de los entonces adversarios a Mitre, defiende la posición de éste: “Mitre escribe a Gutiérrez para dar su consejo “usando su autoridad moral y sin prevalerse de su posición oficial”. Combate públicamente las candidaturas que él considera reaccionarias o de “contrabando”, perjudiciales para el país; y señala al grupo de hombres de donde puede surgir el nuevo presidente. Lo hace como “leader” moral de un gran partido y no como jefe de una nación. Y tan sincera es su promesa de “no prevalerse de su posición oficial” que pierde la elección. Esa es la diferencia de su procedimiento con el de un gran “elector”. El opina abiertamente como consejero desinteresado del país, manteniéndose neutral en la elección. Otros harán a la inversa; simularán en público su absoluta neutralidad y fabricarán al sucesor con una guiñada”. (5)

El episodio de la intervención a Santa Fe es clara prueba de la limpidez de Mitre como gobernante. No podemos seguir en todos sus detalles la actuación del gobierno nacional ante la revolución estallada en diciembre de 1867, para derrocar al gobernador Nicasio Oroño. Ella queda patentizada en la copiosa correspondencia que registra el archivo del general Mitre. Allí advierte la firme decisión del presidente de evitar el avasallamiento de la autonomía y de asegurar a la ciudadanía santafecina la libre expresión de su voluntad ciudadana. Las pasiones locales no hacen mella en su

espíritu, ni le impiden hablar a las partes con cruda franqueza, destacando las transgresiones en que se incurre y su firme voluntad de no buscar ni aceptar aparcerías.

No faltaron maniobras interesadas de carácter dilatorio, que se enlazaban con la sucesión presidencial. Pero Mitre está dispuesto a que la renovación no encuentre a la provincia militarmente intervenida, para que no caiga en velo de sospecha respecto a la prescindencia del Poder Ejecutivo Nacional. Y así, con energía y autoridad, rebate argumentos especiosos, se eleva sobre pasiones mezquinas e intereses sectarios y devuelve decididamente a Santa Fe su normalidad comprometida.

La rectitud y desinterés de su conducta se acreditan muy pronto al recordar que en la elección provincial se impone un régimen que no le es afecto, al punto que los electores que elige Santa Fe votan para presidente al candidato más alejado de las simpatías mitristas.

Mitre, como político, fue desde entonces un hombre de reserva. Brega por la libertad del sufragio, confiando en que por su pacífica vía y no por la fuerza se obtendría el mejoramiento institucional anhelado. La “conciliación” de 1877 o el “acuerdo” de 1891 podrán ser o no compartidos en su acierto, de acuerdo al prisma personal o partidario que los juzgue. Pero lo que no puede discutirse es la alta y patriótica inspiración que guía a Mitre.

Sobre la elevación de las mismas, puede recordarse lo ocurrido cuando la Unión Cívica proclama su candidatura a la Presidencia en 1895. Mitre acepta desde Europa, condicionándola

*“como una solución nacional o como la reivindicación del sufragio libre”*. Cuando regresa, el pueblo lo recibe en apoteosis. La Prensa dice: “Acabamos de asistir a una elección sin urnas”. Pero producido el “Acuerdo”, al observar las crecientes resistencias al mismo, Mitre renuncia a su candidatura porque no veía ya en ella la solución nacional que él había impuesto como condición de la misma.

El desinterés y el respeto a los principios por él mismo antes fijados se demostraron ante el triunfo obtenido por su sucesor en la fórmula presidencial.

Era un político de raza, con el reflejo ágil que conquista a la multitud. En una ocasión frente a ésta, al subir a la tribuna, los concurrentes se sacaron espontáneamente los sombreros en señal de respeto a su figura. Mitre les ordenó: todos cubiertos, menos el orador frente al pueblo soberano.

Pero no era un demagogo. Prefirió el claro sosiego de su conciencia y enfrentó los gritos de la calle. Recuerda Amadeo: “Los tres grandes acuerdos con que Mitre colabora: el del 61 con Urquiza, la “conciliación” del 77 y el de 1891 con Roca, rebajan su prestigio popular; pero a él no le importa. A raíz de la “conciliación”, un amigo le dice: “Vengo a prevenirle, general, que lo van a matar si sale a la calle”. El general se pone el sombrero y sale a la calle. Ese “no me importa”, que no es orgullo, sino impavidez, resolución en el deber, ese desprecio de la impopularidad es tal vez el origen de su popularidad”. (6) Agreguemos nosotros otra anécdota donde prevalece su conciencia ante la disminución de su popularidad por el “Acuerdo”, lo que se

traduce en una borratina de suscriptores del diario La Nación. Ante el alarmado administrador del diario, pregunta Mitre: “¿Y, siguen borrándose los suscriptores? – Si, señor, - le contesta aquel- , y diariamente”. El general, impasible como siempre le responde: “Bueno, amigo, cuando se haya borrado el último, imprimirá usted dos números, uno para usted y otro para mí.” ¡Así hablaba ese político cabal! ¡Así, en esta escuela de altiva independencia, se modelo la famosa “tribuna de doctrina” que hoy es orgullo de su patria y de su estirpe!

La conducta política de Mitre le permitió acumular un capital moral inmenso, reconocido por partidarios y adversarios. Aristóbulo del Valle dijo: “Mitre no es una figura de partido; es una figura nacional”. (7) Era de por sí la cabecera de la mesa, por encima del puesto escogido. A su casa y consejo acudían Presidentes y ciudadanos espectables, porque era en verdad el primer ciudadano de la República, como lo calificó Roca luego de prestar su juramento presidencial.

Señores: en Buenos Aires, los guías turísticos de hoy, para adentrar a sus clientes en la identidad y el espíritu de nuestra tierra, los llevan a visitar museos, barrios, edificios y a escuchar también la música nacional. Imagino que si hubieran deseado cumplir tal cometido en la época que evocamos se hubieran dirigido a la calle Florida. Allí habrían mostrado a un noble anciano de sereno andar, con su figura ligeramente encorvada por el peso de los años, sin que ello afectara su sencilla y señorial elegancia. Lo verían a veces con sus habituales cigarrillos y calzando siempre el clásico chambergo

que protegía la cicatriz gloriosa del combate y la mirada lejana de sus ojos glaucos, cargados de historia. El general Mitre caminaba siempre al borde de la acera, pero no podía evitar que los transeúntes bajaran a la calle para saludarlo, como signo de respeto y admiración a su patriarcal figura.

Imagino también que siguiendo la ruta del prócer llegarían a su legendaria casona y habrían escuchado a Roca, quien pasando con un ilustre huésped frente a ella, le dijo a éste: “Aquí vive un hombre que sin congreso, ni ejército, ni escuadra, ni otra cosa que su nombre, es el poder más fuerte existente en la república”.

Quizás, en otra recorrida, frente a esa casa, habrían escuchado el clásico “¡Viva Mitre!” con el cual las multitudes expresaron allí su admiración al prócer, en ocasiones memorables. ¡Viva Mitre! gritaron al morir argentinos defendiendo al pabellón nacional (8). ¡Viva Mitre! habrán gritado sus admiradores desde las galerías de este augusto recinto en ocasión de sus arengas. ¡Viva Mitre! gritaban sus partidarios de la campaña bonaerense, con su consecuente militancia. ¡Viva Mitre! gritaron antes y aún hoy en mi tierra natal muchas voces, que no olvidaron ni olvidan su apasionada defensa de las gestas y el alma de Corrientes.

El 19 de Enero de 1906, cuando muere Mitre, un gran luto cubrió a la República. Hoy lo renovamos con la necesidad de arquetipos morales de su talla. En el fragor de la borrasca, escrudiñando en las tinieblas, sentimos la angustia de los navegantes que imploran las luces orientadoras de los grandes faros.

### **CITAS**

- (1) José Ortega y Gasset: “MIRABEAU O EL POLÍTICO (1927)”, en Obras completas Tomo III, Alianza Editorial, Revista de Occidente, Madrid, 1983, páginas 603 y siguientes.
  
- (2) Miguel Ángel De Marco: “Bartolomé Mitre- Biografía”, Editorial Planeta, Buenos Aires, 1998, pág. 129

- (3) “LOS DEBATES – DIARIO DE INTERESES GENERALES – POLÍTICA – COMERCIO – LITERATURA”. ASOCIACIÓN AMIGOS DEL MUSEO MITRE – Edición facsímil. Año 1. Buenos Aires, jueves 1º de abril de 1852 – Núm. 1 PROFESION DE FE. (Página segunda)
- (4) Miguel Ángel Demarco, ob. cit, pág. 351. Ver también José S. Campobassi: “MITRE Y SU EPOCA”, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1980, pág. 216 y siguientes.
- (5) Octavio R. Amadeo: “VIDAS ARGENTINAS”, Librería y Editorial “La Facultad”, Segunda Edición, pág. 233
- (6) Octavio R. Amadeo, ob. cit., pág. 237
- (7) José S. Campobassi, ob cit. Pág. 405
- (8) Antonio Emilio Castello: “HISTORIA ILUSTRADA DE LA PROVINCIA DE CORRIENTES”, Cosmos Editorial , pág. 294.

